La parábola de la semilla

Meditación[1]

> *26Y decía: «El reino de Dios se parece a un hombre que echa semilla en la tierra. 27Él*
> *duerme de noche y se levanta de mañana; la semilla germina y va creciendo, sin*
> *que él sepa cómo. 28La tierra va produciendo fruto sola: primero los tallos, luego*
> *la espiga, después el grano. 29Cuando el grano está a punto, se mete la hoz, porque*
> *ha llegado la siega».*
>
> *(Mc 4, 26-29)*

Sea de noche, sea de día, la semilla se desarrolla. Al grupo de parábolas transmitidas por san Mateo, san Marcos añade una interesante que se relaciona con las anteriores de una forma particular. Cristo Jesús decía: «El reino de Dios se parece a un hombre que echa semilla en la tierra. Él duerme de noche y se levanta de mañana; la semilla germina y va creciendo, sin que él sepa cómo».

Se trata de una pequeña parábola, no muy detallada, que resalta una verdad ya anunciada. En ella vemos que el sembrador arroja la semilla a la tierra. «Él duerme de noche y se levanta de mañana» —es decir, en cualquier circunstancia— la semilla crece. Esto pone de relieve la fuerza, la vida que hay en la semilla. La semilla lleva en sí una vida que, a la vez, depende y no depende del sembrador; contiene la vida en su interior, está viva, se desarrolla. Se puede decir lo mismo de la levadura: la mujer amasa, deja la masa con la levadura y, al día siguiente, toda la masa ha sido transformada. ¡Así es la fuerza de la gracia en nosotros!

El sembrador confía… Confiemos…

Dios actúa en nosotros. La gracia se difunde en todo momento por el Espíritu Santo, que está siempre presente, vivo. Su acción es independiente de la nuestra. Ciertamente, Él nos pide nuestra colaboración, pero su acción esencial no depende de la nuestra. Estamos siempre tan preocupados por el Reino de Dios que nos parece que todo depende de nosotros. Pero no es así. Dios puede concedernos su gracia incluso mientras dormimos. La acción de la gracia es independiente de la nuestra; es necesario creerlo de manera práctica. Esta fe en la acción del Padre, esta confianza absoluta, permite que Dios

[1] Traducido de: MARIE-EUGENE DE L'ENFANT-JESUS, *De nuit comme de jour : Les paraboles du royaume*, Toulouse, Éditons du Carmel, 2020, pp. 109-123.

actúe con total libertad. Así, Jesús preguntaba: «¿Creéis que puedo hacer este milagro?»[2]. Si lo creéis, se hará. Entreguémonos a la omnipotencia de Dios. Si no creemos en ella, la encadenamos a nuestros modos humanos.

Es nuestra confianza la que deja a Dios la libertad absoluta. Lo único que Dios nos pide es la fe en su acción santificadora, que es puramente gratuita, misericordiosa e independiente de nuestra cooperación, salvo la cooperación de la fe. Sin esta confianza, Dios no nos santificará. Dejad obrar a Dios. Creed que no necesita de vosotros. De este modo, se establecerá el juego de la confianza y de la fidelidad, que van de la mano; pero, si hay que dar primacía a algo, es a la confianza. Según el Concilio de Trento, Dios distribuye la gracia en respuesta a la fidelidad, y, de forma aún mayor, por pura misericordia[3]. La Sabiduría de Dios supera las medidas que nosotros mismos le imponemos a través de nuestra fidelidad. Cuando contemplamos a Dios actuando en nosotros, debemos saber que su Sabiduría y su acción nos sobrepasan, sobrepasan toda medida.

El sembrador se va. Amanece, anochece. Ha confiado en la vida que hay en la semilla, ha confiado en la tierra. Confiemos en el Espíritu Santo, en la acción de Dios en nosotros, y seremos santos. Dios trabajará. Al insistir en este punto, vemos que se trata de la vida interior. La vida de la semilla se desarrolla en el seno de la tierra, es independiente de los acontecimientos externos. Puede haber revoluciones, el grano sigue creciendo. Los acontecimientos atmosféricos, las tormentas, el sol, todo ello favorece el desarrollo de la planta. Tememos la lluvia, y la lluvia es necesaria para ella. Tememos el sol y sus rayos ardientes, y ellos contribuyen a desarrollar la planta, a darle una fuerza interior, una vida que se desarrolla. Esto ya lo hemos visto [en las parábolas anteriores]. Aquí hay algo nuevo: la semilla brota, crece, sin que el sembrador se dé cuenta. Por mucho que fije su mirada en la semilla, que tardará siete u ocho meses en dar fruto, no verá desarrollarse su vida porque es muy lenta.

El misterio del crecimiento espiritual

Lo mismo ocurre con el Reino de Dios que habita en nosotros. No podemos fijar nuestra mirada en nuestra alma para ver el crecimiento de la gracia. Podemos sentirnos desconcertados por la estabilización de ese dinamismo que es la gracia. Al observarla, parece completamente estática: nada ha cambiado. Si la examino, veo las piedrecitas, los

[2] Mt 9, 28

[3] Aquí encontramos un tema predilecto del padre Marie-Eugène, basado en el Concilio de Trento (cf. *Decreto sobre la justificación*, cap. XVI, recogido por el Catecismo de la Iglesia Católica, n.º 2009). Cf. Marie-Eugène de l'Enfant Jésus, *Pour la joie de Dieu. Retraite spirituelle avec Thérèse de Lisieux*, Toulouse, Éditions du Carmel, 2017[2], p. 113, nota 18.

obstáculos, pero su vida íntima se me escapa. Su crecimiento se produce en la oscuridad de la fe, en la noche, igual que ocurre con la semilla. El sembrador vendrá al cabo de un mes para ver si ha germinado: es inútil, la semilla necesita tiempo, permanece todo el invierno en la misma posición, en la misma actitud. Así es la gracia. Todo el misterio de la gracia, del crecimiento espiritual, está ahí. Esta vida, la potencia más elevada que existe, que da los frutos más perfectos, está encarnada en el ser humano, está velada por el ser humano y no la vemos. El niño bautizado tiene las mismas necesidades que el niño que no lo está, llora después de su bautismo igual que lo hacía antes, en él la vida de la gracia está envuelta por lo humano, su vida íntima no es perceptible por los sentidos, es espiritual. Cuando tengamos la visión del *lumen gloriæ*, la luz de la gloria[4], ese sentido adaptado a lo espiritual, que tendremos en el cielo y que nos permitirá ver a Dios y participar en la vida divina, entonces veremos a Dios, el Infinito. Seremos arrebatados a la Santísima Trinidad, en el movimiento del Cuerpo místico, participaremos en esta vida. Esta vida del cielo escapa a la mirada sensible porque es espiritual y no tenemos capacidad para captarla. Ni siquiera los recursos más delicados que pueden crear los sentidos pueden captar lo espiritual, que se les escapa.

Sin embargo, esta vida tan elevada, ¿acaso no se refleja en las facultades, en lo humano? Al igual que percibimos, en una mirada viva, la inteligencia que quiere comprender, o la firmeza de la voluntad en alguien, ¿no podemos captar en los sentidos un resplandor de lo espiritual? Sí, sobre todo el resplandor de la acción de Dios a través de los dones del Espíritu Santo. Esta acción de Dios, tan delicada, afecta a los sentidos, va más allá de las virtudes teologales y desciende a lo humano. Entonces hay una paz, una quietud y un sabor, signos seguros de que es Dios quien actúa, pero son signos transitorios. Sabemos que la vida de Dios es independiente de estos signos; según que el temperamento sea más o menos sensible, se manifiesta de manera diferente. Se puede suponer un crecimiento maravilloso sin que se sienta el efecto de la acción de Dios a través de los dones del Espíritu Santo. Hay almas sensibles a la acción de Dios y otras que no lo son en absoluto. ¿En cuáles es más intensa la vida? No lo sabemos. Lo que vela el crecimiento es la noche y el día de los que habla la parábola; nuestra sensibilidad y sus vicisitudes pueden hacer que la noche sea completa. Lo espiritual no podemos captarlo. El alma puede tener una impresión de tristeza debido a la enfermedad, al temperamento, es el velo natural que cubre lo sobrenatural, velo que puede convertirse en un muro que no deja ver nada.

¿Se ve afectada la gracia por esto? No, se beneficia de todo y crece a través de todo. El crecimiento de la gracia se beneficia de la noche y del día, necesita el sol del día y el rocío de la noche. ¿Qué es lo más útil? Se necesita esta tristeza, esta alegría, ambas son

[4] La luz de la gloria es ese don de Dios que, tras la muerte, hace florecer la fe en la visión de Dios, haciéndonos capaces de ver a Dios en la alegría del cara a cara. Cf. CCE n.º 163ss.1028.1722.2548.

necesarias para que crezca el Reino de Dios. No elijamos. En la alegría parece que la vida irradia, que el tallo más firme se yergue al sol y parece más brillante; bajo la lluvia, parece aplastado. Todo esto es un elemento de crecimiento, pero el desarrollo de la vida es independiente de ello. No tenemos que medir la vida de la planta en función de la ayuda que le prestan la lluvia, el sol o el viento. Las hojas de abajo pueden caer y secarse: podemos perder cierta sensibilidad. Si el tallo pierde sus hojas inferiores, ¿muere la planta? No, porque la vida es de un orden superior. Al contrario, es necesario que pierda sus hojas más bajas. En el ámbito espiritual, perder es un signo de vitalidad que luego aparece en un plano superior... Dios hace crecer el alma. El trigo debe germinar lentamente. Dios puede hacer aparecer de repente un tallo largo, pero también hace que la planta que crece lentamente lo alcance y lo supere. La mirada que echamos a un alma cuando queremos juzgar su interior por su exterior puede engañarnos. Creemos que la vida espiritual está ligada a la vida natural. No es así. Es una vida propia, la vida de Dios, que tiene su independencia. Vemos por ello cuán inútil es mirarse a uno mismo. Al sembrador que tuviera los ojos fijos en la semilla, lo encontraríamos ingenuo, nos parecería que su afecto se manifiesta de una manera extraña. Y nosotros hacemos eso cuando queremos comprender los signos de la acción de Dios. Es inútil.

¿Cómo saber si la semilla ha germinado? La tierra da sus frutos, la hierba brota, y eso se ve al cabo de un tiempo. A veces parece que el alma no ha hecho nada. Como la hemos mirado todos los días, no hemos visto nada; pero si la volvemos a ver al cabo de un año o varios años, vemos que se ha hecho un trabajo. La encontramos apaciguada, con una mirada más pura, una voluntad más firme. Y, sin embargo, parecía que había en ella signos contrarios: derrotas, sequías... Pero no es así: el grano ha germinado, ha dado un tallo. El crecimiento se ha manifestado. Lo noto en esta alma porque no la he mirado todos los días. Una madre que ve a su hijo todos los días se da cuenta de su crecimiento por la longitud de su ropa, mientras que otra persona lo nota inmediatamente.

Se necesita tiempo...

En nosotros mismos veremos ese crecimiento si no nos miramos continuamente. Confiar en la gracia es la forma de descubrirla y verla. La verdad que aquí se enuncia es que el crecimiento espiritual lleva tiempo. Este crecimiento es misterioso, extraño. El buen Dios vincula el crecimiento espiritual al tiempo. ¡Es misterioso el crecimiento espiritual! Hay en él una dependencia y una independencia, un juego de contrastes... El crecimiento de la gracia está vinculado al tiempo. ¡Qué misericordiosa condescendencia del buen Dios! Necesita tiempo... Nosotros no lo entendemos y queremos que sea rápido. Entendemos que un niño pequeño necesita veinte años para convertirse en hombre y, en el plano espiritual, queremos que todo se haga de inmediato. Nos parece demasiado humana la

manera de actuar de Dios. Dios ha visto para cada alma su medida de gracia, ha fijado la duración de cada vida humana y, para cada persona, ha ordenado la progresión de la gracia. Nos gustaría ser santos de inmediato, tan pronto como nos entregamos; es una manifestación de nuestro orgullo. Dios lleva la iniciativa. Él es el labrador, el sembrador, el viñador, Él hace crecer esta vida, la suya, Él da la gracia. Mientras tanto, hay que ser pacientes.

Es doloroso, quizá uno de los misterios más dolorosos, ponerse al paso del crecimiento divino de la gracia. Sepamos esperar a Dios. *Pati Deum,* sufrir a Dios[5]. ¡Queremos que todo vaya rápido, ver madurar rápidamente nuestras espigas! Sepamos ser el grano que apenas ha brotado, el pequeño tallo. Si el grano ha germinado, el tallo se desarrollará. ¿Haremos algo para que vaya más rápido? No. Vayamos al paso del buen Dios. Él da el querer y el hacer. Tengamos paciencia con nosotros mismos y no digamos que la gracia ha muerto porque es lenta. Es necesario que haya vicisitudes, es necesario inclinarse, levantarse, Dios ha puesto una gracia de desarrollo en todo. Es necesario que haya tormentas, que haya noche, todo eso es necesario. No porque no veamos la gracia significa que no se desarrolle, no porque no la veamos significa que no exista. Creamos en los designios de Dios, miremos solo eso, no miremos demasiado los acontecimientos, seamos pacientes con el buen Dios y en las diversas vicisitudes. Todo esto es querido por Dios. No importa que Dios tarde cincuenta o sesenta años, siempre y cuando seamos santos cuando muramos. Esta vida es poca cosa comparada con la eternidad. Nuestra medida de eternidad es la que tendremos al final de nuestra vida. No importa que parezcamos santos durante treinta años si al morir no lo somos.

Anochece, amanece… La semilla crece…

Todo esto está vinculado con el tiempo. Es de noche, y es de día... el sembrador va y viene... la semilla crece... Así es el Reino de Dios en nuestras almas... Así es la vida de Dios, la santidad. Creamos en la fuerza de la gracia. Parece que muchas almas limitan su fuerza porque no tienen fe en ella, porque no creen en esta vitalidad, en la llamada a la santidad...

Dios muestra a veces el poder de la gracia: la gracia de la Anunciación a la Santísima Virgen fue seguida por los fuegos artificiales de la Visitación, por una visión profética que revelaba el futuro a Isabel. Luego vino la oscuridad[6]. Lo mismo ocurre con nosotros: la

[5] *Quiero ver a Dios*, 823-824: «*Pati Deum*, sufrir a Dios. No con una actitud estoica, que sería pagana, sino cristiana, en silencio, voluntariamente y con amor, con la actitud de Cristo en la cruz. La paciencia debe estar impregnada de amor y dejarse transformar por Él en un abandono total a todas las operaciones divinas».

[6] Oscuridad que se manifiesta en la vida de Nazaret, en la prisión de Juan Bautista, en el Calvario...

gracia manifiesta su fuerza, y luego viene la oscuridad. Creamos en esta llamada a la santidad que no viene de nosotros, de nuestras capacidades, sino de la vitalidad de la gracia. Al buen Dios le gusta esto. Mirad en el Antiguo Testamento, Dios hizo llamadas maravillosas: Abraham, David. El buen Dios los ama; porque los eligió, les dio una gracia poderosa. Hay un poder de intercesión en estas almas porque han recibido una gracia poderosa. El papel de Abraham y David fue creer en su gracia. Abraham se convirtió en el padre de los creyentes porque creyó [en la promesa], incluso cuando Dios le pidió que sacrificara a su hijo. Por eso fue exaltado por Dios, dice la epístola a los Hebreos[7]. Lo mismo ocurrió con David. Era el ungido del Señor y creyó en su gracia. No quiso dar muerte a Saúl, aunque había sido elegido para ser rey de Israel[8]. ¡Y san Pablo, qué fe tan grande unida a la humildad! Tengamos también nosotros fe en la llamada de Dios, en la gracia. Cuando una persona distingue entre la gracia recibida y ella misma, no tiene orgullo en decir que la ha recibido[9]. Es la verdad. Confiar en el desarrollo de la gracia a través de todo: a través de las noches, los acontecimientos, las vicisitudes. Todo ello es bueno para el crecimiento del alma. Nada está perdido, la vitalidad sigue actuando en la noche. Aunque hayamos sido infieles, la gracia puede haberse detenido, pero puede reanudarse. Pensad en las hojas que parecen muertas en una noche de tormenta, en la naturaleza en duelo; y al día siguiente vuelve el sol, el tallo se endereza y recupera un nuevo vigor. Lo mismo ocurre con las noches que pasan sobre el alma.

Lo mismo ocurre con la Iglesia

Todos los detalles que se aplican al alma se aplican también a la Iglesia. Ella conoce las vicisitudes... Y se hace de día… y se hace de noche. Conoce las tormentas, se enfrenta a persecuciones, a herejías. Parece aniquilada y, sin embargo, está viva, se desarrolla, conquista almas santificándolas. Cuando la persecución es más amenazante o más cruel, la Iglesia se «venga» haciendo grandes santos... Quieren matarla y consiguen hacer mártires. Así se desarrolla la vida de Dios en el mundo. He aquí otra gran realidad. ¡Cómo cambiaría el aspecto del mundo si creyéramos en la vida de Dios! Solo vemos las pasiones, el ruido que hace el ser humano y no vemos la gracia. Sin embargo, ella está viva, actuando, conduciendo las almas hacia el Espíritu Santo. Su obra se realiza, Cristo se difunde. Se construye la nueva Jerusalén: las piedras nuevas talladas por los acontecimientos, la vida depositada en los acontecimientos, todo está orientado hacia ello. La Iglesia se construye por la acción del Espíritu Santo y también por las

[7] Hb 6, 13-15
[8] Cf. 1 Sam 24.26
[9] Cf. 1 Cor 15, 10: «La gracia [de Dios] para conmigo no se ha frustrado en mí».

persecuciones de los tiranos, y adquiere una forma más bella en las almas que se adaptan, se dejan moldear, tallar por los acontecimientos externos.

He aquí la obra maravillosa de Dios, su designio de sabiduría. Todo es gracia, tanto la acción exterior de Dios como su acción interior, todo es gracia para la realización de los designios de Dios. Tal santo no sería lo que es si no hubiera conocido la contradicción. Sin Toledo, san Juan de la Cruz no sería ese diamante tallado maravillosamente. Sería santo, pero a su doctrina le faltaría algo. Habría dado una doctrina un poco especulativa[10]. Creamos, pues, en la independencia de la vida de la gracia en medio de los acontecimientos, en el triunfo de la Sabiduría de Dios, que para realizar su obra se sirve de todo, de las causas libres[11], incluso de las que le son contrarias...

Volvamos a esta imagen tan rica, tan llena de luz en determinadas circunstancias: anochece... amanece... y la semilla crece. No veo nada y la semilla crece sin que lo sepamos; el fruto lo veremos dentro de un tiempo. Que así sea con todas las obras, con la Iglesia: su vitalidad debe manifestarse por los frutos.

Todas las verdades parecen complejas, pero conducen a la comprensión de realidades que se equilibran y que hay que captar en su conjunto para tener una idea del Reino de Dios. Demos gracias a Nuestro Señor por haber hecho analogías. Las analogías que elegimos nosotros las hacemos sin saber cómo son las cosas en el Reino, sin conocer la realidad; pero Él conocía el mundo sensible, el mundo natural y el mundo sobrenatural, solo Él podía usar correctamente la verdad de la analogía. Estas parábolas nos dicen cómo son las cosas. Volvamos a la parábola de la semilla para animarnos en la noche a tener fe en esta gracia, la nuestra, la de la Iglesia. Con el tiempo necesario, con las vicisitudes, la semilla crecerá y dará fruto, siempre que creamos en la poderosa gracia de Dios, en la vida propia y esencial de Dios en nosotros y en la Iglesia.

[10] En la prisión de Toledo, Juan de la Cruz encontró la experiencia del sufrimiento y, con ella, la experiencia de su doctrina espiritual.

[11] La causa es lo que produce un efecto, ya sea un fenómeno o una acción. En metafísica, la libertad es la facultad propia del ser humano de ser *causa* primera de sus actos y de elegir entre el bien y el mal.